

VIDA Y CIENCIA

Pretender encerrar dentro de los límites estrechos de una definición el contenido de algo, es tarea ardua, difícil y de resultados, frecuentemente, equívocos. Así ocurre con la ciencia. Para la mayor parte de la gente, con ideas elementales sobre el tema, la ciencia representa una especie de sabiduría casi mágica, al alcance solo de ciertas mentes privilegiadas, por más que cualquier diccionario nos la presente como un "conjunto sistemático de conocimientos" de una rama específica. Conocimientos, desde luego, susceptibles de adquirirse mediante el esfuerzo y la voluntad de cada uno.

Pero la equivocidad del término está bastante justificada. El nacimiento de las ciencias experimentales, se encuentra ligado a manipulaciones incomprensibles para la masa de la época, que poseía una errónea y sobrenatural concepción de los fenómenos. Recuérdense a los alquimistas, precursores de los químicos, y el ambiente semibrujeril en que se desenvolvían; a los astrólogos, vaticinadores de acontecimientos por la observación de las estrellas; al curandero, con sus extraños matraces y potingues... Sus influencias aún no se han extinguido por completo. No resulta sorprendente, pues, que aún perviva en torno al científico una difusa aureola admirativa, un precavido temor y hasta una fé irracional.

Por otra parte, para aumentar la confusión, existe una tendencia a restringir el campo de la ciencia, de lo científico, exclusivamente a los conocimientos relacionados con la naturaleza, con la materia y, lo que no deja de ser curioso, con las matemáticas, que son pura invención del hombre. La razón es obvia: la experimentación, física o química, en una mismas condiciones, hace que los fenómenos se repitan de forma sensiblemente idéntica, facilitando la enunciación de principios o leyes válidas para predecir y calcular, con exactitud, los resultados.

Al no acontecer esto con otros conocimientos -los históricos, por ejemplo - de los que no pueden deducirse otras consecuencias que las de los hechos en sí, y cualquier teorización sobre leyes de comportamiento nunca podrán ser comprobables en laboratorio, se infiere - que no tienen cualificación científica.

Con poco rigor y menor lógica se olvida así que la ciencia, como suma de saberes, surge cuando el hombre piensa sobre sí mismo, cuando trata de explicarse - qué cosa es aquéllo que reclama su atención, cuando se interroga sobre el por qué de lo que acontece ante sus asombrados ojos; cuando, en fin, intenta averiguar la - contextura material de la realidad circundante y, lo - que al fin de cuentas mas le importa, el destino y finalidad de su propio existir. Las diversas y con frecuencia contradictorias respuestas a tales preguntas, van - formando, con el transcurrir del tiempo, el conjunto de conocimientos, unos dotados de vigencia permanente, - otros cuya certeza o autenticidad pueden ser cuestionadas... Mas todos ellos con la común cualidad de ser consecuencia de la actitud inquisitiva del ser humano.

La ciencia, pues, en todas sus varias direcciones, germina por causa de esa peculiar e inquieta curiosidad del hombre, que no se siente satisfecho ni cómodo con - percibir una realidad, sino que también desea explicarsela. Pero toda explicación equivale a una recreación, al menos, teórica. El hombre recrea la realidad, el mundo en que vive. La cosmología pre-copernicana, desde el punto de vista de la época, daba un sentido a las - ideas en circulación. Tenían bien claro que la tierra estaba situada en el centro del universo y que en torno a ella giraban el sol y las estrellas. Todo existía para el hombre. La vida humana se erigía en el fin único de lo creado.

En la recreación que el hombre hace de la realidad, la ciencia tiene una misión subalterna, de mero - instrumento, importante sin duda, pero no esencial ni - trascendente; la verdadera trascendencia se halla en la búsqueda del significado, del objeto que el hecho de vi

vir comporta; precisamente lo que ninguna sabiduría, ningún conocimiento -ninguna ciencia, por consiguiente- ha conseguido esclarecer con evidencia indiscutible.

El saber acumulado -la Ciencia con mayúscula- representa un hecho positivo. Ha permitido que el ser humano, de recreador imaginativo, alcance una situación que le permite, si no crear físicamente en toda la pureza - que la palabra implica, sí inventar una realidad nueva - no existente en su forma con anterioridad. Es un logro - en el dominio de lo material, sin paralelo en la parte - espiritual. Porque ocurre que seguimos sin saber, pese a todo, cual sea el fin para el que vivimos. Las creencias tratan de llenar de contenido ese campo, desierto aún e inexplorado. La multiplicidad de ellas, sin embargo, acentúan el fracaso de la pretensión, visto desde un ángulo exclusivamente racional y lógico. Otra cosa es cuando se contemplan bajo la luz de una fé y cuando se aceptan como verdad para evitarnos complicaciones de penosa confusión y desesperanza. Aquí el hombre actúa como creador de un mundo que le resulta útil y fértil para su vida psíquica, con independencia de que sea o no cierto.

Arrojado a la existencia, inerme, débil, el hombre se ha visto obligado a desarrollar esa chispa divina de la inteligencia y, mediante ella, descubrir la desconocida realidad que se le aparecía en derredor o crear, para las incógnitas no despejadas, los sustitutivos necesarios que le salven de la angustia.

La vida humana, con breves paréntesis de felicidad o dolor, es una continua duda, un ininterrumpido inquirir, a consecuencia de los cuales nacen el saber y las creencias, cuyas certeza y validez son siempre relativas y sujetas a perenne revisión; aunque, sin duda, - sirven en cada momento para calmar la sed de comprender, y para dar un determinado sentido y dirección a este suceso extraño e inquietante que supone sentirse vivir.